

Identidad cultural y dependencia. Orígenes, bases, bloqueos y desarrollo del nacionalismo andaluz.

.- Isidoro Moreno

Desde las visiones tradicionales sobre el denominado "Hecho Nacional" –incluyendo la mayor parte de las que se han reclamado como marxistas y no han sido sino variantes del positivismo decimonónico- la existencia de las naciones es algo que puede afirmarse o negarse según existan o no determinadas características sustantivas que serían las que darían a una comunidad el carácter de nación. Así, por ejemplo, Bauer consideraba como la característica fundamental la "comunidad de carácter", Kautsky la lengua diferenciada, Stalin la existencia de un "mercado nacional", etc. Si una comunidad humana carecía de esta característica o conjunto de características fundamentales, no debía ser considerada como nación ni aspirar a serlo, y por tanto, "no podía" haber en ella "verdadero" nacionalismo.

Según este planteamiento escolástico, antidialéctico, en Andalucía no han existido ni puede haber realmente movimientos nacionalistas, sino todo lo más, regionalistas ya que no tenemos una economía internamente integrada y ni tan siquiera, al decir de algunos, tendríamos una identidad cultural propia y diferenciada. Andalucía, desde esta perspectiva, ni es ni podría ser jamás una nación. El problema se restringiría entonces a una simple, aunque grave, cuestión de desequilibrio respecto a otras zonas del Estado Español. Sin embargo, desbordando todos los clichés academicistas, existe hoy un creciente movimiento nacionalista andaluz, todavía en gran parte a nivel de sentimiento y poco vertebrado organizativamente, pero cada día también más producto de la toma de conciencia sobre la realidad andaluza a todos los niveles, sobre los mecanismos que han producido y están reproduciendo dicha realidad y también, aunque esto de forma más incipiente, sobre los caminos para cambiarla.

Este nacionalismo, aunque con significativos antecedentes históricos, no había emergido con fuerza hasta nuestros días desde las sublevaciones cantonalistas pero se ha reflejado ya desde mediados los setenta del siglo XX hasta nuestros días pero se refleja contemporáneamente en movilizaciones de masas y acontecimientos tan importantes como el Día Nacional de Andalucía (declarado primer día de Andalucía el 4-D del 77), o el triunfo contra el gobierno central en el referéndum del 28-F (aunque después lograran asimilar y reconducir las aspiraciones populares por una verdadera Andalucía Autónoma) de 1980. Y no surge con los objetivos propios de los nacionalismos burgueses europeos del siglo XIX: consecución de un mercado interno e integración ideológica de las diversas clases sociales, sino como un rechazo del subdesarrollo, de las condiciones materiales de existencia en que se halla el pueblo andaluz, producidas por el papel dependiente que el sistema capitalista estatal e internacional ha adjudicado a Andalucía, y como una afirmación de su identidad como pueblo de transformar dicha situación. Identidad que no es percibida solamente de forma negativa, como reflejo mecánico del subdesarrollo y la dependencia, sino también de forma positiva al valorarse así una serie de elementos culturales diferenciadores, específicamente andaluces, que se cargan ahora de energía liberadora convirtiéndose en signos de reafirmación en la lucha contra la explotación económica, la opresión política y la alienación cultural que el modo de producción capitalista ha impuesto a Andalucía dentro y fuera del Estado Español.

Los orígenes del subdesarrollo, la dependencia de Andalucía y las disyuntivas de futuro. Desde hace años, en una serie de estudios y otros trabajos, he venido denunciando una serie de falsas teorías, algunas respaldadas por "respetables académicos", variados mitos, como los de la pretendida supervivencia de

estructuras semifeudales, la presunta carencia de una “verdadera” burguesía con “espíritu” emprendedor, o el que niega la existencia de una formación social histórica distinta de la castellana en los siglos posteriores a la conquista hasta hoy, han venido ocultando la verdad de que las condiciones actuales de existencia del Pueblo Andaluz, el profundo subdesarrollo y la dependencia en que hoy se encuentra, se deben principalmente a la forma que adoptó el proceso de consolidación en el Estado Español del modo de producción capitalista y de su posterior desarrollo.

El subdesarrollo andaluz no es fruto de ninguna carencia de potencialidad ni de fatalismos históricos, sino que tiene su razón fundamental en la división territorial del trabajo que se produce en el Estado Español a lo largo del siglo XIX: Andalucía entró en el pozo del subdesarrollo para que se produjera el desarrollo capitalista en otras zonas del Estado Español. En el nuevo orden económico, social y político que representó el capitalismo consolidado de la segunda mitad de dicho siglo, a cada territorio y a cada pueblo del Estado le fueron asignadas unas funciones específicas que han constituido desde entonces, sin apenas cambios, su contribución concreta al desarrollo del capitalismo en el Estado Español. Y ésta asignación de papeles se realizó mediante una alianza estratégica entre la gran burguesía terrateniente andaluza y las grandes burguesías industriales y financieras catalana y vasca, que pusieron a su servicio conjunto un aparato de Estado creciente centralista y represor.

Así, Andalucía se especializó, y sigue especializada básicamente, en una función de suministradora de materias primas agrícolas y mineras, fuerza de trabajo e incluso capitales, para posibilitar el crecimiento económico de otros lugares. Es este papel dependiente, generador de subdesarrollo, el que explica la no continuación e incluso el prácticamente total derrumbamiento del proceso de industrialización que, en contra de lo que hoy muchos suponen, se dio efectivamente en Andalucía a mediados del pasado siglo. A las burguesías industriales de fuera de Andalucía, especialmente de Cataluña, no interesaba que dicho proceso continuara para no entrar en una situación de peligrosa competencia por mercados, y la gran burguesía andaluza, que era fundamentalmente terrateniente, prefirió sumergir al país andaluz en el subdesarrollo y mantenerlo en él con el fin de garantizar la estructura agraria en que basaba su poder y de facilitar el entendimiento con las fracciones industriales y financiera del conjunto del Estado, facilitándoles las materias primas -materiales, humanas, e incluso en parte, financieras- que necesitaban para su expansión.

Antes de cristalizar esta división territorial del trabajo, Andalucía no estaba subdesarrollada ni puede ser considerada periferia del sistema económico estatal; antes al contrario, sobre todo la Andalucía del Valle del Guadalquivir, fue en gran medida, “centro”, debido a sus excelentes condiciones agrícolas y a su papel respecto a las colonias americanas. El monopolio del comercio con América, primero del puerto de Sevilla y más tarde de Cádiz, tuvo como uno de sus más importantes efectos la dinamización de la agricultura: aquí se dieron unas relaciones de producción netamente capitalistas antes que en cualquier otro lugar de Europa. Es ésta una realidad que define a Andalucía -o al menos su núcleo económico fundamental- ya en el siglo XVI como una formación económico-social diferenciada.

Pero es que, además, en la primera mitad del XIX Andalucía presentaba unos índices de industrialización verdaderamente notables para la época. Basten como ejemplos que la primera siderurgia que se crea en España lo es de Marbella, en 1826, aprovechando el hierro de Sierra Blanca, y que todavía en 1869 entre el Pedroso y Cazalla de la Sierra existían tres altos hornos que daban ocupación a casi quinientos obreros. El Diccionario geográfico-económico de Pascual Madoz, de

mediados de siglo, nos refleja la muy buena posición en el conjunto del Estado Español de varias de las provincias andaluzas en cuanto a producción industrial. Así, Sevilla ocupaba el primer puesto en vidrio, loza, yeso y cal y el cuarto en hierro, acero y maquinaria; Málaga era primera en jabón y aguardientes, segunda en productos químicos y tercera en fundiciones; y Cádiz era quinta en el sector químico y séptima en hierro y acero.

Y, sin embargo, lo que sucedió fue que no solamente las industrias existentes – importantes para la época y no excesivamente concentradas geográficamente- no fueron en su mayor parte, mientras la expansión de la minería, comunicaciones por ferrocarril y otros servicios públicos se realizó bajo la colonización directa del capital extranjero. La gran burguesía andaluza, en bloque casi monolítico a partir aproximadamente de 1870, dejó hundirse las posibilidades industriales de Andalucía, haciendo que ésta cayera en la más fuerte dependencia respecto a los intereses del gran capital del conjunto del Estado, en el que se incluía en primera línea la propia gran burguesía terrateniente andaluza. Esta opción fue realizada de forma consciente, abandonándose toda veleidad librecambista para aferrarse al más total protecciónismo y cualquier veleidad republicano-federal anterior para apostar por el más fuerte y represivo centralismo. Desde entonces, el papel político permanente reaccionario de dicha gran burguesía andaluza en la historia no es sino consecuencia directa del mantenimiento de esta posición económico-política: fracaso de la primera República, Restauración borbónica e implantación del sistema caciquil, apoyo a la dictadura de Primo de Rivera, conspiraciones contra la segunda república, protagonismo en la sublevación militar fascista de 1936 y respaldo total al régimen de Franco.

Son evidentes pues, las razones por las que la burguesía andaluza no podía estar interesada en crear o apoyar movimiento alguno de tipo nacionalista y ni siquiera regionalista; y esto, no sólo en la vertiente política sino también en la cultural. De aquí que el Andalucismo Histórico fuera siempre un movimiento débil, poco estructurado y a veces ambiguo ideológicamente, por estar sustentado casi exclusivamente en algunos sectores de la pequeña burguesía.

Bajo la dictadura franquista, tras la etapa de intentos de autarquía económica acompañada de una feroz represión sobre los trabajadores, que en Andalucía alcanzó cotas muy altas, la política desarrollista acentuó aún más la dependencia y desarticulación productiva andaluzas. Los denominados “polos de desarrollo” además de atraer a unas pocas ciudades nuevos inmigrantes por las expectativas de puestos de trabajo que su anuncio originaba acrecentando las deficiencias de equipamiento de dichas ciudades y fomentando la marginalidad social tenían como objetivo principal, en los casos en que pasaron de ser mero recurso propagandístico, la instalación de industrias que constituyen verdaderos enclaves extractores de riqueza en manos del gran capital estatal o trasnacional, al representar solamente el primer tratamiento de las materias primas que son luego transportadas a otros lugares donde se realiza el resto del proceso de transformación, sin que se creen en origen suficientes puestos de trabajo ni se cree riqueza real, pero sí originando un elevado nivel de contaminación en muchos casos.

El llamado “polo” de Huelva es un buen ejemplo de lo anterior: considerado como el de mayor éxito y único en Andalucía en que se instalaron industrias básicas, ha desertizado ya o está en trances de desertizar, tanto material como demográficamente, varias comarcas de la provincia sin que se haya elevado realmente la renta familiar; antes al contrario, habiendo bajado varios puestos la posición de la provincia en el conjunto estatal, y convirtiendo a dicha ciudad en la más contaminada de Andalucía y en las 2 o 3 más contaminadas del Estado y Europa.

Junto a estos enclaves extractores de riqueza y fuentes de polución ambiental (celulosa, petroquímica...), la dependencia y desarticulación industrial de Andalucía también se reflejan en la existencia de factorías que suponen solamente el eslabón final de las cadenas de producción (astilleros, por ejemplo) y que fueron instaladas en el País Andaluz para aprovechar la abundante y barata mano de obra y una coyuntura internacional de mercado favorable, por lo que su mantenimiento hoy es muy problemático al no responder básicamente a nuestros recursos y potencialidades y entrar en la crisis los dos factores anteriores.

Los costos no ya económicos sino también sociales que la acentuación de la dependencia ha tenido para Andalucía en las últimas décadas han sido enormes: subdesarrollo, paro, emigración, fuerte marginalidad social, etc. Y sobre esta situación, que bien podíamos definir como de neocolonialismo interno (respecto al conjunto del Estado Español) y de acentuación del colonialismo exterior (ahora sobre todo, a través del control de las multinacionales sobre cada vez más amplios sectores productivos andaluces), se añaden hoy a las consecuencias de la crisis general que atraviesa el conjunto del mundo capitalista y que se manifiesta claramente a partir de 1973. crisis que tiene como una de las causas fundamentales el avance de los países del Bloque Sur, los países colonizados, en la lucha contra su sobreexplotación, que es la que permite el modelo de crecimiento de los países del centro del sistema capitalista; modelo basado en la obtención de energía y otras materias primas a bajo precio, haciendo posible un alto nivel consumista y derrochador, y en la distribución de una parte de sobre beneficio obtenido por la sobreexplotación de aquellos países entre sus trabajadores propios, convirtiendo a un amplio sector de éstos en "aristocracia obrera" respecto a los demás trabajadores del mundo.

Ante esta situación, están abiertos actualmente dos caminos posibles y antagónicos: uno implica la aceptación de la dependencia y su acentuación futura; el otro supone un rechazo de ésta y la voluntad del pueblo andaluz de controlar los recursos de Andalucía de acuerdo con sus propios intereses.

- El primer camino pasa por una "modernización" de la agricultura que, además de reducir drásticamente los puestos de trabajo en el sector, convierta a Andalucía, como defienden los tecnócratas, en la "California de Europa", es decir, en una despensa al servicio de los intereses de las multinacionales europeas y no de los intereses andaluces; pasa por la desaparición de ciertos enclaves industriales que ya no aportan como antes sustanciales beneficios al capital monopolista, y su sustitución por otras industrias, también tipo enclave, con gran inversión de capital, alto gasto energético, fuerte nivel de contaminación y reducidos puestos de trabajo; pasa por la nuclearización, a más o menos corto plazo, de nuestro territorio y por un nuevo éxodo migratorio hacia los países desarrollados del Estado Español o de Europa en cuanto éstos puedan necesitar de nuevo fuerza de trabajo. Significa en fin, un alejamiento creciente entre la realidad de Andalucía y los intereses de las clases populares andaluzas, una acentuación de la dependencia respecto de los centros del poder capitalista internacional; todo ello en el contexto del intento de reestructuración del modelo económico mundial por parte de los monopolios y el gran capital internacional.

- El segundo camino supone impugnar globalmente el sistema capitalista, en el cual Andalucía es solamente una pieza dependiente y periférica, y la estructura del estado que es el instrumento de mantenimiento y reproducción de dicha situación de Andalucía. Supone la voluntad de exigir, y luchar por conseguir, el pleno control sobre los recursos materiales y financieros mediante la plena autodeterminación política. Supone alinearse claramente con los otros pueblos progresistas que, sobre todo en el área mediterránea, vienen luchando contra el imperialismo y los neocolonialismos para lograr tomar plena-mente en sus manos las decisiones sobre

su destino. Supone la construcción de Andalucía como nación libre, en el camino de la Reconstrucción Nacional. De aquí que actualmente no pueda existir otro nacionalismo que un nacionalismo popular de liberación, claramente anticapitalista. Cualquier otro planteamiento no será posible, aunque se plantea de palabra, porque la lucha por una Andalucía Libre no puede llevarse a cabo sino es atacando la raíz misma de la dependencia: el sistema capitalista y la estructura del Estado que presentándose falsamente como nación niega a Andalucía y a otros pueblos su condición de tales.

La Identidad cultural nacional de Andalucía

Junto al rechazo de la dependencia, causante de las condiciones reales de existencia del pueblo andaluz, la afirmación de nuestra específica identidad cultural es el otro eje fundamental del nacionalismo andaluz de nuestros días. Aunque a algunos les pueda parecer extraño, la verdad es que hasta tiempos recientes, con la excepción de sectores que nunca pasaron de ser minoritarios, el pueblo andaluz se encontraba alineado en cuanto a la realidad de su cultura propia, se le mantenía impedido de reconocer lo que realmente le es propio e incluso se le ha venido expoliando algunos de sus más importantes signos de identidad cultural y de su memoria histórica. Y ello, a pesar de la realidad objetiva de que la actual cultura andaluza es el resultado de un largo proceso de decantación y síntesis de rasgos y conjuntos de elementos, tanto en el nivel material (técnicas, instrumentos, producciones) como en el nivel simbólico del arte, las creencias, las actitudes, etc, cuya antigüedad se remonta a siglos, y a veces incluso a milenios, por proceder de las diversas civilizaciones, algunas de ellas, especialmente la de Al-Andalus, a la cabeza de la cultura universal en sus épocas correspondientes, las cuales se han sucedido a través de la historia de Andalucía.

La cultura andaluza es una cultura específicamente mediterránea, por tanto con elementos comunes subyacentes con el resto de las culturas específicas del área y contrastivos con los que son propios a las culturas del centro y norte de la península ibérica. En el territorio europeo: Tartessos, y desde entonces, salvo en contadas etapas, Andalucía ha constituido uno de los centros fundamentales de la cultura mediterránea. La influencia fenicia y griega influyó grandemente en este hecho, al que fueron prácticamente ajenos los pueblos de la meseta. La Bética romana constituyó, como es sabido, uno de los lugares más importantes del Imperio, tanto en el terreno económico como cultural, y cuando tiene lugar en todo el sur de Europa la invasión de los pueblos germánicos, destructores de gran parte de la cultura mediterránea de la época. Andalucía salva su cultura urbana y refinada, aculturando a los nuevos dominadores y manteniendo sus relaciones con Bizancio, el otro polo donde supervive al mediterraneidad.

Los siglos de Al-Andalus no suponen una ruptura con la situación precedente, sino una acentuación de las anteriores características. Andalucía permanece uno de los contados reductos de civilización, de permanencia y profundización de los elementos mediterráneos, alcanzando, como es sabido, las más altas cotas en la ciencia, la filosofía, las artes y las técnicas, en contraste con la situación existente en los reinos hispánicos del Norte y en el conjunto de Europa. Y se practica en ella, de forma muy acusada, la tolerancia e interinfluencia entre grupos étnicos que podían diferir en aspectos superestructurales como la religión, pero que participaban de una estructura cultural común de mediterraneidad. Sólo al final del período esta situación cambia, debido a las varias invasiones que sufren a la vez Al-Andalus Sur (el Magreb) y Al-Andalus Norte (Andalucía) por parte de pueblos tribales procedentes de las estepas y desiertos africanos. Al igual que ocurre, a mediados del siglo XIII europeo, con la conquista de todo el Valle del Guadalquivir por el reino de Castilla, cuya cultura, en la mayoría de los aspectos, era de características germánicas, si bien tamizadas en muchos de sus elementos por la

influencia de varios siglos de vecindad, no siempre de hostilidad falacia de denominar “reconquista” a la conquista armada de Andalucía (en el siglo XIII la Andalucía del Guadalquivir y a fines del XV la Andalucía granadina) por parte de los castellanos; falacia denunciada ya en 1869 por Antonio machado Núñez, creador de la Sociedad Antropológica Sevillana, el cual afirmaba que cuando aquella se produjo existía ya desde siglos antes un solo pueblo en Andalucía, resultado de la fusión biológica y cultural entre turdetanos romanizantes y grupos de la Astigitania también romanizada, “y extrañas y extranjeras fueron para los cordobeses y sevillanos las huestes que capitaneaba el Santo Rey, mientras que españoles – mejor diríamos andaluces, en mi opinión- podían llamarse los que tenían tantas generaciones nacidas y sepultadas en Andalucía”.

Este último aspecto, de denuncia de una mítica y totalmente acientífica “Historia de España”, fue también asumido desde entonces por cuantos planteamientos científicos y andalucistas se atrevieron a impugnar la “verdad” oficial: así, Alejandro Guichot en 1884, Blas Infante en los años diez, veinte y treinta del siglo pasado, Antonio Gala en 1978, en su discurso inaugural del Congreso de Cultura Andaluza pronunciado en la mezquita de Córdoba. En esta última ocasión, el escritor andaluz actual de quizá más fina sensibilidad afirmaba certeramente que reconquista, “como palabra aplicada a Andalucía como liberación, es un error histórico o una mera idiotez”. Afirmación con la que, en la calidad de antropólogo cultural, estamos completamente de acuerdo.

Tras la anexión del reino nazarí de Granada, toda Andalucía es puesta bajo unas mismas instituciones políticas, jurídicas y religiosas. Las de la Corona de Castilla. Pero aunque procedentes de otros lugares de la península, la minoría de repobladores –mejor dicho colonos- que se asientan en diversos momentos en territorio andaluz, comienzan pronto a adquirir unas características propias y específicas distintas a las genéricamente castellanas en una amplia serie de aspectos, como resultado tanto de la influencia de la brillante cultura andalusí – a través de la relación directa con los moriscos que consiguen permanecer en el país y del fuerte influjo de las propias producciones de esa cultura en los diferentes órdenes- como del proceso histórico específico que experimenta Andalucía y que la lleva a ser, ya en el siglo XVI, una formación económico-social específica, como señalábamos anteriormente.

La experiencia colectiva de los andaluces se va haciendo crecientemente común, sin por ello negar las variantes internas, a medida que avanza la edad moderna y se alejan los tiempos de la división del territorio andaluz en dos etnias, dos estados y dos culturas (mitad del siglo XII a fines del XV europeos), de la anexión violenta y de las sucesivas deportaciones o asimilación forzada de la población andalusí. Y ésta experiencia colectiva básicamente común, que está en la base del desarrollo de nuestra cultura específica actual, se acentúa aún más cuando se produce la ya señalada nueva división territorial del trabajo que tiene lugar con la consolidación del sistema capitalista en el con-junto del Estado. Toda Andalucía adquiere entonces un mismo papel dependiente y periférico, más allá de sus diferencias internas en cuanto a recursos y en cuanto a los papeles asumidos anteriormente; y ello la unifica más en cuanto a experiencia colectiva aunque impida, a la vez, su vertebración como unidad económica mínimamente integrada y la generalización de la autoconciencia de identidad de los andaluces.

Andalucía, pues, concluye su cristalización objetiva como pueblo contemporáneo en unas condiciones muy concretas: en una situación de dependencia y de explotación; situación cuya interpretación, en sus limitaciones y consecuencias, es expresada de una forma propia y específica, la que caracteriza a la cultura andaluza actual tanto en sus aspectos materiales como simbólicos. Surgen así producciones culturales altamente peculiares, muchas de ellas en base a elementos

preexistentes, procedentes de las civilizaciones concretas en que cristalizó la cultura mediterránea en Andalucía en distintos momentos históricos, que adquieren nuevos contenidos o desarrollan en direcciones específicas su virtualidad misma para expresar la interpretación de la experiencia colectiva por parte de las clases populares andaluzas.

Por cristalizar la identidad andaluza actual en esta situación de neocolonialismo interno y dependencia en lo económico y de opresión en lo social y lo político, los componentes de la cultura andaluza actual se sitúan sobre dos ejes fundamentales: el constituido por las formas específicas (instituciones sociales, mecanismos de poder en lo económico, lo político y lo ideológico) a través de las cuales se mantiene y reproduce la dependencia de Andalucía, la sobreexplotación interna y externa de la gran mayoría de andaluces; y el representado por las formas, también específicas, en que se reflejan, expresan e interpretan en los diferentes aspectos las vivencias de las clases y sectores dominados del mundo en cualquier época histórica, pero que contiene muy importantes elementos de un fuerte potencial liberador. Sólo como respuesta, no necesariamente consciente o de llamamiento expreso a la rebeldía en la mayoría de los casos, a la situación de opresión estructural puede, por ejemplo, entenderse el cante propio andaluz, el flamenco; ese grito desgarrado, utilizando ritmos existentes ya en horizontes culturales anteriores, sobre todo andalusíes, de los más oprimidos y desheredados: los jornaleros sin tierras, los mineros, los marginados gitanos. Sólo desde esta situación de opresión estructural secular, tanto desde el exterior como por parte, sobre todo, de los grandes señores terratenientes andaluces convertidos más tarde en gran burguesía agraria, son entendibles las dos características que entiendo más significativas de la actual identidad cultural andaluza: la segmentación social basada en unas relaciones fuertemente personalizadas y la negación simbólica de la inferioridad, el rechazo a la interiorización de que tener menos signifique ser menos, el profundo sentido de dignidad.

Las etapas del proceso de formación de la conciencia de identidad y de emergencia el nacionalismo.

Varias etapas y momentos claves pueden señalarse en el largo proceso de formación de la autoconciencia de identidad (de etnicidad) y de emergencia de la conciencia nacionalista de los andaluces. No es posible ahora detenernos en ellos, como hemos hecho en otros estudios, pero sí señalarlas a grandes rasgos, de forma necesariamente esquemática, mostrando sus características fundamentales.

La primera de dichas etapas es la que va, aproximadamente, desde 1868 a 1890: es cuando se produce lo que podríamos llamar el primer descubrimiento consciente de la identidad cultural de Andalucía, realizado por los primeros antropólogos y folkloristas andaluces. Hasta entonces, había sido muy débil la autoconciencia de la existencia de Andalucía como pueblo, en contraste con el acentuado sentimiento particularista de pertenencia a una comunidad o comarca concreta.

Este movimiento intelectual de descubrimiento y comienzo de profundización en la etnicidad andaluza hubiera podido conducir al desarrollo de la autoconciencia de identidad cultural y a poner las bases de un posible movimiento nacionalista andaluz, pero de hecho apenas si tuvo influencia en el primer aspecto y ninguna en el segundo, por tres razones fundamentales. La primera, fue la falta total de apoyo, e incluso la hostilidad, por parte de la burguesía andaluza, la cual, por esos años, ha optado ya como señalábamos al principio por formar parte, de forma monolítica, del bloque hegemónico centralista a nivel del estado español para asegurar las bases de su poder basado en la gran propiedad agrícola y en la represión contra los trabajadores que claman por su derecho a la tierra. Por este motivo, la gran

burguesía andaluza, además de sumir a Anda-lucía en el subdesarrollo, haciéndola dependiente, asume a nivel ideológico las bases más conservadoras del nacionalismo españolista, negador de la existencia de una pluralidad de pueblos y culturas -de naciones- en el marco del actual Estado español. Por ello no le interesaba otra cosa que la negación de la existencia de una identidad cultural específica de Andalucía, tanto más cuanto, en gran parte, la cultura andaluza es cultura popular, expresión directa o simbólica de la realidad de la que esa clase dominante era directamente responsable.

La segunda razón fue la práctica inexistente de relaciones entre el movimiento intelectual y las clases trabajadoras, a pesar del interés teórico de aquel por procurarlo. Y ello, tanto por la inmediatez de los gravísimos problemas de subsistencia del proletariado andaluz, en su gran mayoría agrícola y analfabeto, como por la influencia preponderante en él las ideologías y organizaciones anarquistas, y luego también socialistas, que planteaban de forma simplista y reduccionista el pretendido carácter burgués de todo nacionalismo. Así, el primer descubrimiento consciente, desde la propia Andalucía, de la identidad cultural andaluza no influyó en la práctica sobre ninguna de las dos clases determinantes de la formación social andaluza. No influyó sobre la burguesía, porque a ésta le interesaba ignorar, silenciar o, en su caso, menospreciar todo lo que no fuera cultura oficial, cultura "respetable"; todo cuanto significara una contradicción, bien por su contenido o incluso por su propia existencia objetiva, con la versión que hacía de la realidad la ideología dominante, que era ideología burguesa y de nacionalismo estatalista español. Y tampoco influyó sobre el proletariado, porque a éste, no le llegó a penas su influjo ni estaba ideológicamente en posición receptiva para asumirlo; y esto, a pesar de que, desde el primer momento de aproximación consciente a ella, la cultura andaluza se dibujaba básicamente como cultura popular, como producto y expresión de la experiencia colectiva en las clases dominadas.

La tercera razón de su impotencia para incidir sobre la realidad fue de orden al propio intelectual y radicó en la fuerte influencia sobre él del krausismo y otras corrientes ideológicas liberales que, si bien estaban claramente enfrentadas al conservadurismo, constituyen planteamientos democrático-burgueses, partían del concepto equivocado de que Nación y Estado son entidades equivalentes, y al aplicarlo a España, para determinar el sujeto de la soberanía nacional, afirmaban la existencia de una "nación española" por el hecho de existiese en la práctica el Estado español. Teorización ésta que sólo acepta la existencia de "regiones", partes sin realidad posible separadas del todo "nacional", y que supone una visión miope, sesgada, empobrecida, determinista y esencialista de la historia que se mantendrá hasta la actualidad como una de las coerciones que tienden a bloquear ideológicamente la aparición o el reforzamiento de las corrientes nacionalistas en los diversos pueblos del Estado español.

Una segunda época dentro del proceso se extiende entre los años 1910 y la guerra civil española comenzada en 1936. En ellos surge y se desarrolla un movimiento que es, a la vez, cultural y político, de signo regionalista, que se convierte, no obstante, en determinada etapa, en claramente nacionalista. Este movimiento es el comúnmente denominado "andalucismo histórico", cuya trayectoria es menos lineal y cuyo contenido es menos homogéneo de lo que suele afirmarse.

En un primer momento, constituye la versión andaluza del pensamiento regeneracionista extendido en el conjunto del Estado a partir de los círculos intelectuales liberales, sobre todo tras la toma de conciencia de la decadencia de España ocasionada por la pérdida de las últimas colonias americanas y asiáticas. Se trataba básicamente, de "re-generar a España" a partir de la "regeneración" de las "regiones", promoviendo para ello la toma de conciencia de su identidad por parte

del pueblo andaluz, como estaba sucediendo desde tiempo antes en el caso de Cataluña. Se trataba de dar a los andaluces un "ideal" por el que esforzarse, partiendo de que Andalucía existía realmente como pueblo pero estaba debilitada, "casi dormida", y había que despertarla y regenerarla, haciendo que se mirara al espejo de aquellas épocas pretéritas en las cuales la civilización alcanzó en ella mayor brillantez.

Para ello, sin embargo, no se partió de los logros del movimiento intelectual del período anterior (1868-1890), sino que se produjo un corte histórico respecto a aquel, basándose las teorizaciones, en la mayoría de los casos, en reflexiones idealistas y no en la aproximación a la realidad de la cultura andaluza. Los esfuerzos fueron dirigidos, en gran medida, a descubrir de forma teórica, sin base en estudios sobre la realidad, la "esencia" de Andalucía para regenerar a ésta y desde una Andalucía regenerada, regenerar al Estado. Objetivo que tenía en sí mismo dos importantísimas limitaciones cara a conseguir la generalización de la autoconciencia de identidad y la formación de un potente movimiento político nacionalista: la vía en gran parte esencialista y la histórica elegida para tratar de definir el contenido de la identidad cultural de la que el pueblo andaluz debería tomar conciencia y, aún más importante, las contradicciones ideológicas en torno a los dos temas claves de la Reforma Agraria y de la caracterización de las entidades Andalucía y España.

Respecto al primer tema, Blas Infante, el más importante líder y teórico del movimiento, insistía en la definición de Andalucía, fundamentalmente, como un "país de jornaleros", señalando como "el más inmediato y central de los ideales...la tierra andaluza para el jornalero andaluz". Este planteamiento, claramente progresista e incluso revolucionario, reiterado desde 1915, ponía a la mayor parte del movimiento andalucista en posiciones irreconciliables con la clase dominante, pero apenas si tuvo eco o influencia sobre el movimiento obrero debido precisamente a que, tras esa declaración de objetivos, los regionalistas proponían una solución idealista, utópica y de marcado carácter pequeño-burgués, no asumible en modo alguno por el proletariado: convertir a los jornaleros en clase media campesina a través de la puesta en práctica del sistema georgista de la "absorción absoluta por la comunidad del valor o renta de la tierra desnuda de las mejores debidas al trabajo humano".

Respecto al segundo tema clave, la índole de las entidades Andalucía y España y de la relación entre ellas, el andalucismo histórico se mueve también en una casi permanente ambigüedad y en una actitud marcada casi siempre por el temor a ser acusados de separatista, lo que le hace adoptar una posición que no es ni nacionalista ni regionalista, salvo en determinados y no casuales momentos. Se afirma generalmente que Andalucía constituye incluso la "esencia de España", una "patria regional" que forma parte de la "patria nacional", de la "unidad social natural"(?) que es España, pero junto a esta afirmaciones y a veces simultáneamente a ellas, en unos mismos documentos y teorizaciones, se señala asimismo que "España es un compuesto de naciones" o que es preciso lograr la "República Andaluza o Estado Libre de Andalucía". Sólo es una ocasión, en la Asamblea de Córdoba de 1919, el movimiento andalucista se define sin ambigüedades ni incoherencias como netamente nacionalistas, afirmándose que Andalucía es una realidad nacional no basada en "ley natural" alguna ni en determinismos históricos, sino que "una común necesidad invita a todos sus hijos a luchar juntos por su común redención". Ninguna alusión se hace aquí a España como nación: la referencia a ella se realiza como a Estado cuyo centralismo es preciso abolir y al que no debe valer "res-guardar sus miserables intereses con el santo escudo de la solidaridad o unidad que dicen nacional".

Este momento en que los regionalistas andaluces se convierten en nacionalistas no

ocurre casualmente a comienzos de 1919: coincide con la acentuación de las grandes luchas de los jornaleros andaluces sin tierras en reivindicación de la reforma agraria y con el objetivo de la revolución social. Estas luchas y la consiguiente represión que lleva acabo el Estado centralista, a través de sus aparatos represivos, actúan de catalizadores para convertir al ala más progresista del hasta entonces ideológicamente ambigüo movimiento andalucista en claramente nacionalista y radical. Es entonces también cuando surge por primera vez el grito de "¡ Viva Andalucía Libre !". Pero cuando las luchas campesinas se debilitan, como resultado de la feroz represión –la cual alcanza también a los andalucistas, varios de cuyos centros son clausurados y algunos de sus miembros deportados-, la claridad de ideas vuelve a perderse y las contradicciones, ambigüedades y temores se ponen otra vez de manifiesto: el nacionalismo andaluz, con la exclusiva base de un sector de la pequeña burguesía intelectual no puede avanzar y ni siquiera mantenerse abiertamente como tal. Sólo cuando coincide con un auge del movimiento obrero, principalmente agrario, logra emerger plenamente como tal. Pero esta coincidencia, durante el primer tercio del presente siglo fue sólo coyuntural y de aquí que las posiciones nacionalistas no enraizaran en las clases populares, a pesar de que sus objetivos estaban claramente enfrentados a los intereses de la burguesía.

La tercera gran etapa de en el proceso de formación de la autoconciencia de identidad y de emergencia del nacionalismo andaluz se extiende desde los años sesenta hasta la actualidad. Cuando, tras su fase autárquica, la dictadura franquista inicia su política desarrollista, Andalucía, junto a su papel de productora de materias primas para promover el crecimiento económico en otras zonas del Estado, pasó también, a exportar, a gran escala, fuerza de trabajo a esas zonas y a los países de Europa con demanda de mano de obra. Y así, en Cataluña, Francia, Bélgica o Alemania, muchos trabajadores andaluces fueron por primera vez conscientes de la gran contradicción entre las enormes potencialidades de Andalucía –superiores incluso a las de varios de esos países en algunos aspectos- y su realidad de pobreza y subdesarrollo. Pero en la emigración forzada no sólo ha aflorado a la conciencia la contradicción fundamental de Andalucía en el plano económico, sino que también ha surgido, asimismo por primera vez en muchos andaluces, la conciencia de su propia identidad como tales, de que Andalucía constituye un pueblo culturalmente definido por unas características específicas. Al contacto con otros pueblos y otras culturas distintas a la propia, el emigrante andaluz ha comprobado que su forma de experimentar y expresar la experiencia de la explotación y el desarraigado, si bien respondiendo a unas ciertas características universales por su pertenencia genérica a clase obrera, responde también, en lo concreto, a unas características específicas, diferenciales, que son producto de su cultura propia, de la cultura andaluza.

En Sabadell, Colonia o Bruselas, los trabajadores procedentes de las diversas comarcas y pueblos andaluces no se han sentido emigrantes a secas, ni tampoco básicamente sevillanos, cordobeses, granadinos o almerienses, sino, sobre todo, andaluces: miembros de una colectividad definida por su subdesarrollo y la dependencia, que están en la base de la propia necesidad de emigrar, pero también por unas características culturales, por unas actitudes, por unas formas de expresar la experiencia, por una identidad, en suma, que ha modelado aun pueblo específico: el andaluz. La masiva emigración de los años sesenta y comienzos de los setenta una experiencia de Andalucía como pueblo ya que ha sido sentida en propia carne por la gran mayoría de los andaluces, bien a través de su vivencia personal o por los efectos originados en parientes, amigos y paisanos de los lugares desde los que se emigró –ha sido, pues, el factor catalizador de máxima importancia tanto para el desarrollo de la conciencia de dependencia como para la cristalización definitiva de la autoconciencia de identidad. Lo que demuestra, entre otras cosas, lo erróneo de los planteamientos del economicismo reduccionista o

marxismo vulgar y la realidad dialéctica de que la acentuación de la explotación y la dependencia y los crecientes intentos de trivializar, prostituir o simplemente negar la identidad cultural andaluza, ha desencadenado fenómenos de signo inverso que han posibilitado la cristalización de la conciencia de identidad y su reafirmación explícita, así como también, de forma creciente, el rechazo consciente de la dependencia. Ambos elementos bases fundamentales para el emergente movimiento nacionalista andaluz.

La situación actual: condicionamientos bloqueadores y perspectivas de avance.

Como acabamos de señalar, existen ya las bases objetivas y subjetivas para la consolidación y avance de un verdadero movimiento nacional de liberación en Andalucía. El sentimiento nacional es más fuerte que ayer y los andaluces de conciencia más y mejor organizados, como quedó cumplidamente demostrado – ante la sorpresa general de quienes, desde la escolástica de gran parte de la izquierda tradicional o desde los clichés pintoresquistas, consideraban que en Andalucía “no podía haber” nacionalismo –por una serie de hechos como fueron las impresionantes manifestaciones autonomistas (y no quiere decir el Estado de las Autonomías) del 4 de diciembre de 1977 y de dos años más tarde; el triunfo del referéndum del 28-F de 1980 bajo condiciones a priori, como imposibles de superar; las ocupaciones simbólicas, y más tarde reales, de tierra por parte del Sindicato de Obreros del Campo (SOC) desde perspectivas nacionalistas de clase y con la bandera andaluza al frente y que, hasta la actualidad, se puede considerar como un claro ejercicio de Soberanía por parte de la sociedad civil andaluza, único que se está consolidando y que demuestra que Andalucía como espacio constituyente sólo puede depender de lo que decidan y construyan, en libertad y sin coacciones de ningún tipo (políticas, mediáticas, educativas, culturales...), los andaluces; la aparición de organizaciones de toda índole de carácter exclusivamente andaluz y el intento de partidos y sindicatos estatales por aparecer como andaluces (aunque esto responde a la estrategia de captar personas más que de verdadero nacionalismo); el uso generalizado de los símbolos de Identidad como la bandera, el himno, la lengua, el cante y la música autóctonos, etc.; o la proliferación de estudios, análisis y narrativa sobre la realidad andaluza.

El sentimiento nacionalista es hoy grande en Andalucía, pero todavía no ha pasado plenamente a convertirse en conciencia nacionalista. De aquí la desvertebración del movimiento a nivel organizativo (sería erróneo identificar la globalidad del movimiento nacionalista andaluz actual con un partido, un sindicato u organización concretos, de forma exclusiva) y su fragilidad actual en cuanto a poca capacidad de respuesta frente a oportunismos políticos, planteamientos desnaturalizados y otros factores que bloquean objetivamente el propio caso del sentimiento a la conciencia nacionalista.

Entre los principales factores de bloqueo hemos de mencionar (aunque no podamos desarrollar el análisis) los siguientes:

a) la confusión conceptual entre regionalismo y nacionalismo, fomentada por la ideología y partidos políticos españolistas e imposibles de despejar desde posiciones de andalucismo ambiguo. Se hace creer que la diferencia es sólo cuantitativa, cuando en realidad es cualitativa, pues mientras el regionalismo aspira, cuanto más, a conseguir medidas legales de descentralización autonómica político-administrativa y cultural, sin poner en cuestión el tipo de integración económica y política de Andalucía en el Estado Español, el nacionalismo supone la exigencia del control propio sobre las decisiones que afectan tanto a lo económico como a lo social y lo cultural. En términos jurídicos, la cuestión clave es la negativa a la pretensión de que la soberanía popular responda a un ámbito estatal (en nuestro

caso, como en el de los pueblos restantes del Estado, impuestos), afirmándose que radica en cada uno de los pueblos –naciones, por ende-, entre ellos el andaluz, que integran hoy de hecho el Estado Español aunque no sean reconocidos legalmente como tales. En el tema de la reivindicación o no del democrático derecho de autodeterminación está la clave.

b) La falsa identificación de lo andaluz con lo genéricamente español (relativo al Estado), con un triple objetivo: la negación de la existencia de una pluralidad de culturas e identidades nacionales dentro del Estado Español; negación de Andalucía como pueblo y cultura específicos, y la expoliación de la cultura andaluza de una serie de elementos culturales que, una vez manipulados y mixtificados, se tratan de presentar como caracterizadores de una pretendida única “cultura española” que sería el reflejo de una también presunta única nación española. Esta ideología alienante ha tenido, y aún tiene hoy, mucha influencia sobre un gran sector de andaluces.

c) La exaltación del nacionalismo de Estado es otro factor de bloqueo conectado con los dos anteriores, que arranca tanto de planteamientos liberales del siglo XIX que confunden los conceptos de “nación” y “estado”, como de visiones fuertemente reaccionarias, de las que están muy influenciadas la mayoría de las interpretaciones de corte esencialista y ahistorical sobre “la Historia de España”.

d) Las teorías esencialistas alienadoras, como la de Ortega y Gasset y otros “intelectuales” que si bien reconocen la existencia de una específica cultura andaluza, presentan a ésta como fuera de la Historia y caracterizada, de forma permanente, por una serie de elementos y actitudes que incapacitan a los andaluces para ser un pueblo activo e incluso para tener autoconciencia de sí mismos. Gran parte de los tópicos y estereotipos vertidos sobre Andalucía de carácter alienante tienen su base en estos planteamientos pretendidamente respetables.

e) La negación de Andalucía como formación social diferenciada, considerándola como una continuación, en lo económico y lo cultural, de Castilla, en un sentido histórico, y una parte más, una “región” de la actual España, lo cual no resiste una seria crítica, como ya señalamos anteriormente.

f) Los planteamientos de la escolástica marxista y las simplificaciones en torno al internacionalismo constituyen uno de los más importantes bloqueos para la asunción del nacionalismo por parte de amplios sectores de las clases trabajadoras andaluzas. Desde estas posiciones –aún predominantes en las formaciones políticas de izquierda tradicional- cualquier nacionalismo es considerado burgués y opuesto, por tanto, al internacionalismo y la solidaridad entre las clases y pueblos explotados del mundo. Se desconocen estas perspectivas tanto el planteamiento teórico del propio Marx sobre la clase nacional como aquella que en una fase histórica determinada encarna los intereses generales de la nación, por coincidir con los suyos propios, con el fenómeno del imperialismo y la opresión de unos pueblos sobre otros, la ley de desarrollo desigual del capitalismo, tanto a nivel internacional como en el seno de los Estados, la actual dialéctica Norte-Sur, y la realidad de la existencia de formación económico-social mundial o una por estado, a pesar de que el sistema económico capitalista tenga hoy un evidente carácter trasnacional.

g) El reduccionismo economicista de los problemas de Andalucía a simples desequilibrios económicos, resolubles con unas cuantas medidas de Gobierno a nivel de Estado, lleva también a la negación de que Andalucía posea otro hecho diferencial que no sea el subdesarrollo. Se elude pues, el problema y cuestión nacional. Se niega así tanto su carácter de formación económico-social específica – al no considerar que el propio desarrollo no es una causa última sino una

consecuencia de la dependencia- como la existencia de una identidad cultural diferenciada.

h) También, aunque de otro carácter, constituyen un factor de bloqueo importante para la cristalización definitiva de la conciencia nacionalista y nacional en Andalucía, los diversos planteamientos que presentan a ésta como por encima de las diversas clases sociales existentes en su interior, desconociendo el hecho mismo del protagonismo directo de la gran burguesía andaluza en el inicio y mantenimiento hasta hoy de la dependencia económica y política de Andalucía y de su alienación cultural. Este hecho no puede ignorarse, ya que constituye uno de los elementos fundamentales por los cuales no hay otro nacionalismo posible en Andalucía que un nacionalismo de clase, un nacionalismo de liberación, anticapitalista, protagonizado por los sectores populares. Todo otro pretendido "nacionalismo" no es más que un regionalismo disfrazado o ambiguo populismo oportunista por más que utilice símbolos y terminología nacionalista.

Todos estos factores de bloqueo de la conciencia de identidad y que obstaculizan el paso desde el sentimiento a la conciencia nacionalista, se han acentuado tras los años en que se ha evidenciado el avance en dicha dirección de los andaluces. Coincidén en dificultarlo, por diversas causas, sectores y organizaciones de la derecha conservadora- por las mismas razones de siempre-, de la izquierda tradicional estatal -cuyos partidos y sindicatos que han adoptado la A de Andalucía en sus siglas e incluso a veces han llegado a adoptar formalmente el término "nacionalismo" en sus bases teóricas pero sin admitir sus implicaciones políticas- y también de un cierto andalucismo tibio e inconsecuente con los requerimientos que demanda el nacionalismo andaluz de liberación, y excesivamente preocupado de posibilismos y coyunturas electorales.

Esto, no obstante, las perspectivas son alentadoras siempre que el esfuerzo se dirigía profundizar la ya incipiente confluencia, sobre unas bases claramente de nacionalismo popular, del movimiento obrero revolucionario andaluz, del movimiento intelectual de análisis y profundización en la identidad andaluza a todos los niveles, y del movimiento más específicamente político despojado de ambigüedades y vertebrado organizativamente de forma más adecuada que actualmente.

Esta confluencia, que no se dio en las dos anteriores etapas del proceso de formación de la conciencia de identidad y emergencia nacionalista, es imprescindible aunque contra ella están actuando todos los factores de bloque que hemos señalado. Sólo mediante ella podrá Andalucía avanzar por el camino de su liberación nacional y cooperar fraternalmente con los demás pueblos del mundo que en América, África, Asia, Europa y especialmente en el área mediterránea, luchan también por su liberación y aspiran a un mundo sin la explotación de unas clases sobre otras, en que cada nación pueda desarrollar su cultura y cada pueblo ser solidario con los demás pueblos.